HISTORIAS DE HOTEL

Sergio Chejfec
Gustavo Nielsen
Robertita
Edgardo González Amer
Arturo Carrera
Ariel Magnus

INTERZONA

IDEA Y REALIZACIÓN | INTERZONA + GRUPO KPR

HISTORIAS DE HOTEL

Gustavo Nielsen

Robertita

Arturo Carrera

Sergio Chejfec

Edgardo González Amer

Ariel Magnus

INTERZONA

INTERZONA

Historias de hotel / Gustavo Nielsen ... [et.al.] ; coordinado por Guido Indij. - 1a ed. -
Buenos Aires : Interzona Editora, 2011.
272 p. : il. ; 22x14 cm.

ISBN 978-987-1180-88-2

1. Antología Literaria Argentina. I. Nielsen, Gustavo II. Guido Indij, coord.
CDD A860

Fecha de catalogación: 25/10/2011

© de los textos, sus autores 2011

© interZona editora, 2011
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Producción de la Residencia Creativa©: Grupo KPR
Coordinación: Esteban Javier Rico

Edición: Guido Indij
Coordinación editorial: Mariel Mambretti
Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra
Diseño de tapa y composición: Olivia Pierrugues
Imagen de tapa: Guido Indij

ISBN 978-987-1180-88-2

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*
Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

La realización de este proyecto ha sido posible gracias a:

El proyecto

Quién me diera una musa de fuego que os transporte al cielo más brillante de la imaginación; príncipes por actores, un reino por teatro, y reyes que contemplen esta escena pomposa.
William Shakespeare, prólogo de *Enrique V*

Los editores percibimos que muchas veces nuestros autores –inmersos en la rutina y las exigencias de la vida urbana– se enfrentan con la dificultad para encontrar ese *état second*, esos espacios necesarios para la creación, tanto en las etapas de inspiración, de escritura y de revisión de sus textos. Griegos y hebreos creían que la inspiración era un regalo de los dioses. ¿Podríamos acaso los gestores culturales intervenir para mejorar ese panorama? Esa fue la pregunta, posiblemente ambiciosa, que nos motivó a pensar en cómo proveer condiciones ideales para facilitar la tarea creativa de "nuestros autores".

Defendemos el rol activo de los editores como productores, que no se limitan a poner en tinta sobre papel los originales que los autores ya consagrados acercan a sus escritorios, y por ello nos inclinamos a salir de la zona cómoda y asumir el desafío de salir a buscar talentos, promover nombres y proponer formatos.

Cuando llegó el momento de concretar lo que empezó como una simple idea, afortunadamente encontramos que eran, y son, más de una las empresas comprometidas con la cultura que estuvieron y están dispuestas a acompañarnos con contagioso entusiasmo. La Residencia Creativa® interZona existe sólo y mediante el Grupo KPR –fundamental e incansable gestor del proyecto–, el Hotel Llao Llao –que nos albergó y mimó con cada una de sus cinco estrellas–, LAN –que nos llevó y nos trajo sanos y salvos pese a las cenizas volcánicas–, y Trama –que imprimió con su cuidado habitual el libro que ahora tiene el lector en sus manos.

Debemos agradecer también al suplemento cultural ADN que nos acompañó desde un principio y a Pedro Rey, uno de sus editores, que coordinó una charla abierta de los escritores con el público barilochense. A lamarcaeditora, al diario *La Nación* y al Expreso Cruz del Sur, por la donación efectuada a la Fundación Petisos. A los editores independientes miembros de EDINAR y a Asunto Impreso por la efectuada a la Biblioteca Popular Jorge Luis Borges del Barrio Cóndor II. Y, por la mejor de las predisposiciones para esta primera experiencia, nuestro sincero reconocimiento a la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares (Conabip), al Ente Provincial de Turismo de Río Negro (Emprotur) y a Hans Schulz de Bariloche 2000.

Y va nuestro principal agradecimiento a los escritores residentes, porque la editorial proporcionó un cuaderno en blanco –de tapas rojas–, pero fueron Robertita, Gustavo, Arturo, Sergio, Ariel y Edgardo los responsables de aportar el genio imprescindible.

Tanto el editor como los autores quedamos sinceramente endeudados por la calidad y calidez humana que nos brindaron Esteban Javier Rico del Grupo KPR y todo el personal del Hotel Llao Llao Fueron los responsables de haber convocado a las musas que nos acompañaron en Bariloche.

La Residencia Creativa® interZona consiste en ofrecer a los autores de la editorial un lugar inspirador para generar contenidos

culturales; en darles aliento, un espacio y un tiempo –una interzona– dedicados a la escritura, fuera de la rutina y sin las preocupaciones de lo cotidiano. Y nada como la convivencia de seis escritores en pleno proceso de escritura para encender y mantener viva la llama de la creación.

Pero sabiendo que la inspiración está a mitad de camino entre lo humano y lo divino, hasta hace no mucho, teníamos legítimas dudas sobre nuestra torpe ambición de intervenir en tan misterioso proceso, aunque más no fuera participando del diseño y la producción de condiciones de laboratorio –románticas y al mismo tiempo contemporáneas- que la vehiculizaran. Ahora, más allá de toda teorización, podemos confirmar que sí pudimos. Es por ello, y a modo de prueba, que ofrecemos las siguientes páginas con las que, con suma probabilidad, el lector vaya a disfrutar durante las próximas horas de lectura los frutos de tan feliz encuentro.

Guido Indij, editor

La comunidad utópica

Escribir, se sabe, es una actividad solitaria, un oficio concentrado. Tiende a una rara forma de abstracción. Al fin de cuentas, consiste en poner uno junto a otro signos que basan todo su poder en el ambiguo arte de connotar. Después, toda una serie de cuestiones añadidas subraya la sensación de desamparo: el esfuerzo mental y físico que demanda un texto, el tiempo de trabajo que requiere, las posibles euforias y desánimos, la incerteza de que lo escrito vaya a tener al menos un lector (frente a otras artes la literatura tiene un costo: leer requiere a su turno esfuerzo y concentración siempre activos), las dificultades de que aquello que se escribió se publique y circule, la ingobernabilidad de que lo escrito pueda ser leído según las propias expectativas. La paradoja mayor es conocida: escribir literatura es socialmente improductivo y, al mismo tiempo, ineludible.

Quizá no haya ámbito más amable que un hotel para distraer esa soledad consuetudinaria. En tiempos modernos los escritores han sabido usufructuar sus ventajas. Nabokov decidió instalarse, después del escandaloso éxito de *Lolita*, en uno de sumo lujo: el Palace Montreux, en Suiza, donde vivió hasta su muerte, casi dos décadas después. Albert Cossery permaneció perezosamente, más de sesenta, en el mismo hotelito de Saint-Germain. Hay un linaje

interminable de hoteles relacionados de una u otra manera con la literatura, lo suficientemente vasto como para que cada cual tenga, sin haberlos conocido, sus preferidos: el desaparecido Hotel Las Delicias, en Adrogue, donde Borges pasaba los veranos de la infancia; el Hotel Sommer, en Badenweiler, en uno de cuyos cuartos murió Chejov; el Cecil Hotel, al que Lawrence Durrell le sacó rédito en su *Cuarteto de Alejandría*; la Pensión Fortuna, en Zurich, en la que, después de verse obligado a abandonar en Viena, por razones de fuerza mayor, su máquina de escribir, Robert Musil se pasa por primera vez a la pluma estilográfica y continúa escribiendo *El hombre sin atributos*; cualquiera de los muchos hoteles en que se hospedó Walter Benjamin.

Si todo hotel es en sí mismo una novela (lo decía Céline, que los frecuentó de todas clases, incluso los más infames), el patagónico Llao Llao podría considerarse una narración en varios tomos, aunque, que se sepa, no haya inspirado todavía ninguna. A decir verdad, le basta con su propio aura. Por un lado está la perfección casi insultante de sus panorámicas, la amplitud de sus pasillos sin fin, el crujido de los pasos sobre el piso que parecen funcionar como eco de un pasado que persiste en algún mundo paralelo. Por otro, sus fantasmas: la cantidad de personas que se hospedaron en él, claro está, pero también el incendio fulminante que consumió en apenas una noche el primer edificio, realizado por completo en madera, o, mucho más cerca en el tiempo, el saqueo sigiloso al que fue sometido por las bandas del Proceso, que hicieron todo lo posible por convertirlo –y durante años lo lograron– en una reliquia espectral.

Reunir bajo el techo del Llao Llao a un grupo de escritores es un experimento que no necesita justificación. El objetivo no era radical. Ni justas poéticas ni sesiones de escritura colectiva. Se trataba, sospecho, de atenuar la soledad, de permitirles una pausa que los descolocara o, si se prefiere, que los inspirara, a sabiendas de la anacrónica rémora romántica que contiene la palabra. Arturo Carrera, con la precisión afectiva de los poetas, definió al hotel, y

a la situación inédita de esos días, como un falansterio. Quizá sea justo convocar a Charles Fourier, el más adorable de los utopistas (adorable gracias a la impractibilidad luminosa de sus teorías), que se dedicó a imaginar esas comunidades autosustentables donde cualquiera de sus miembros, con sólo desearlo, podía trocar la función que cumplía en el diseño general. Mucho de eso hubo en esta estadía quimérica. Para un escritor, la adquisición de tiempo liso y llano es una suerte de ficción a la enésima potencia: la posibilidad de dedicarse sin segundos pensamientos a lo que, si fuera por él, únicamente haría.

En un hotel despoblado por los efectos colaterales de las cenizas volcánicas (que afortunadamente no se dejaron ver), durante días que vieron comprimirse en breve lapso nevadas, la grisura más invernal y el sol más reluciente, la célula utópica formada por Carrera, Sergio Chejfec, Robertita, Gustavo Nielsen, Ariel Magnus y Edgardo González Amer interactuó con una fluidez acaso imprevisible para escritores de estéticas tan variadas. Nielsen, que es también arquitecto y dibujante, se dedicó a relevar con sus lápices detalles invisibles a los ojos del lego; la perplejidad curiosa de Chejfec insistía en recordar al testigo involuntario alguna de sus obras (imposible no asociar sus paseos con los del protagonista de *Mis dos mundos*); Robertita exploraba, mientras tanto, zonas que convocaran el imaginario de las películas de terror. Carrera fue el mejor defensor de la inspiración contemplativa. Magnus, el que más se ajustó, sin jactancias, a la imagen del narrador laborioso. González Amer, por su parte, escritor y cineasta, fue además, en otros tiempos, hotelero: la narración de sus experiencias, en una casita perdida en un campo de golf nocturno, fueron el mejor relato oral (además de real) de aquellos días.

Un célebre editor europeo, Jérôme Lindon, tenía el tic, si le gustaba un manuscrito, de cambiarle el título. El detalle lo cuenta uno de sus autores, Jean Echenoz, en el *impromptu* que escribió a la muerte del hombre que lo descubrió, que por momentos lo respaldó y por

otros lo ignoró, que sólo unas pocas veces lo invitó a comer y que, para su felicidad, tendía a cambiarle los títulos. Basta la lectura de ese texto breve, que oscila entre la admiración y el temor, para entender hasta qué punto, para aquel que escribe, la figura del editor es clave. No hay autor que no sienta, en algún momento, que puede quedar a la intemperie. Un editor no tiene la obligación de actuar como un filántropo, pero sí, tal vez, de impulsar una generosa cofradía entre los miembros de esa sociedad virtual que él configura por medio de su gusto e intereses. Guido Indij, editor de Interzona y alma máter de la idea, parece haber calculado con precisión de geómetra la organización, pero también la duración del encuentro, que no le dejó resquicio a la entropía. La inspiración o desconcierto de aquellos días es lo que puede leerse a continuación, una vez que los escritores han vuelto, un poco menos solos, a la soledad inevitable.

Pedro B. Rey

GUSTAVO NIELSEN

Gustavo Nielsen (Buenos Aires, 1962) arquitecto y escritor. Obtuvo el Primer Premio en la Bienal de Arte Joven 1989 y el Primer Premio del certamen La Ciudad convoca a sus creadores, 1993. Ganó el Premio Municipal de Literatura, del bienio 1998/1999, el Premio Antorchas 2003, y el Premio Clarín Alfaguara de Novela 2010. Publicó los libros de cuentos *Playa quemada* (1994, 2006), *Marvin* (2003), *Adiós, Bob* (2007) y *La fe ciega* (2008, 2011); y las novelas *La flor azteca* (1997), *El amor enfermo* (2000), *Auschwitz* (2004), *El corazón de Doli* (2010) y *La otra playa* (2010). Sus cuentos figuran en antologías de Latinoamérica y España. Está traducido al polaco, al alemán, al sueco, al ruso, al italiano y al japonés. Tiene dos blogs: www.milanesaconpapas.blogspot.com y www.mandarinasdulces.blogspot.com

HOTEL NOUVELLE

PLANTA BAJA

Recepción

Cincuenta habitaciones para su confort personal. En el paisaje hay hielo, pero de ese que cuando uno lo pisa, no cruje. Acá crujen solamente las escaleras.

Acá los nuevos pasajeros nunca pueden dormir, porque se encuentran con los sueños de los anteriores, que hacen ruido, y nadie puede dormir con el barullo. Siempre fue así.

Por eso hay solamente una historia por habitación: el último sueño del primer pasajero.

Libro de quejas

Los sueños de este hotel no tienen renovación.

Habitación 101

Quiero comerme un sánguche de milanesa con tomate y lechuga saliendo por los bordes del pan francés; un sánguche de esos que son exhibidos bajo una campana de vidrio en la estación Villa Luro del Sarmiento. Quiero que el andén esté vacío, que no pasen los trenes, que sean las cuatro de la madrugada, que llueva o haga frío, que la milanesa tenga el pan rallado con ampollas y sin quemar. Quiero que el pan esté húmedo por haberme esperado todo el día debajo de la campana, con la rodaja de tomate y la hoja de lechuga adentro. Que sea el último que quede, que no me

alcance la plata para pagarlo, que el hombre me lo venda de todas formas, aunque falten algunas monedas. Tener más hambre que ahora; dar uno, dos mordiscos; comerme hasta las migas doradas de la vieja milanesa. Que el hombre, el vendedor, tenga cola de diablo y tetas puntiagudas de corista.

Habitación 102

Doblé, con mi taxi, en la esquina. La nena cruzó fanáticamente delante del auto; hubo frenos y un golpe. El pasajero, que había insistido en sentarse en el asiento del acompañante, se quebró, apretado contra la guantera. Zapatito en el aire.

Cerré los ojos espantado y, al abrirlos, estábamos otra vez doblando, un minuto antes. La nena había cruzado y seguía su camino, a salvo, como si el tiempo se hubiera desleído.

El pasajero, sofocado, transpirando, con la mirada roja de las instantáneas, al ver mi cara de desconcierto, pronunció la segunda frase del día (la primera había sido la indicación del lugar al que íbamos):

—Fui yo —dijo—. No soy de este planeta.

Habitación 103

—A mi hija no le voy a traer problemas: para el día en que nos muramos, con mi marido ya hicimos los trámites de cremación de cuerpos. ¡No sabés el despiole de boletas y papelerío que llenamos con Cacho! —dijo María Rosa.

—¿Mucho? —le preguntó mi madre.

—¡Como si se acabara el mundo! Pero, eso sí: la llamé a Gabi y le dije que un mínimo de trabajo le íbamos a dar. Queremos que nuestras cenizas sean esparcidas frente al Glaciar Perito Moreno.

—¡Qué boluda que sos! —dijo mi madre—. ¿La vas a hacer ir hasta el sur? ¿Y si no le alcanza la plata? ¿Y si no le dan ganas?

—No importa. No tiene por qué ser hoy, ni mañana. Puede ser dentro de unos meses.

Yo me imaginé a María Gabriela, la hija obesa de treinta y ocho años, vaciando las cenizas por el inodoro, mientras miraba un video de "La aventura del hombre" en la televisión, de esos con lagos y montañas.

Mamá se imaginó que también cremarían unas camperas, pulóveres de lana y gorritos Bariloche, y los mezclarían con las cenizas de María Rosa y Cacho, para que no tuvieran frío cuando volaran en invierno.

Conserjería

Está ubicada en la entrada principal del Hotel. El conserje lo podrá asesorar sobre el servicio religioso, indicándole la habitación del demonio y el horario en que atiende. Dicho servicio pueden tomarlo solamente los pasajeros mayores de dieciocho años. A tal efecto ponemos a su disposición un depósito de niños, ubicado en el sótano. Son unas cajitas de madera blanca, laqueadas, apiladas, cada una con su cruz invertida sobre la tapa.

Habitación 104

Un chacarero de nombre Sosa dijo que los injertos eran una especie de cirugía, y que por eso se hacían en el invierno, cuando los árboles están anestesiados. ¿A qué médico se le ocurriría operar a una persona despierta?

A la semana salió en los diarios.

Le había cortado la garganta a su mujer, durante la helada, mientras ella dormía.

Habitación 105

Nos peleamos con Carola justo al comienzo de la guerra del Golfo. Prince tocó media hora menos de lo que esperaba la gente, y le cantamos "oleé, olé, olé, olein, Saddam Hussein". Ella me dijo "no te quiero", mientras un Patriot de USA interceptaba un misil francés. Lo vi por la ventana redonda de su aro. Lo interceptó en el

medio del círculo, y la explosión desbordó los límites de la oreja y la cabeza de Caro. El cielo estaba verde musgo cuando empecé a llorar. Me volví a casa caminando entre tanques y soldados, con la frente baja. Los bolsillos llenos de arena. *Bagdad.*

Asistencia al viajero

Usted siempre encontrará un asistente dispuesto a hacer valer sus más siniestras perversiones. También podrá recomendarle cómo estar todo el tiempo drogado o aconsejarlo en técnicas pasivas de laceración.

Se llaman Guest Relations, y tienen cara de rana.

Habitación 106

Yo estaba parado con mi cuaderno de dibujo y el elefante también estaba parado, a cinco metros de mi croquis, detrás de la valla de hormigón armado. Había dibujado animales toda la mañana, y a mi lápiz se le partía la punta del desgano (al fin sé para qué sirven los zoológicos). Miro hacia otro lado y todas esas nenitas con sus padres vestidos de domingo... ("qué pobre espectáculo le damos a estos bichos", digo). A este elefante. Él levanta la trompa y la arquea como una serpiente. El resto del cuerpo lo deja muy quieto; el ojo mismo casi no se mueve. Mover constantemente tanta grasa sería una locura. Trazo la línea espesa del lomo. La trompa se la dibujo separada del cuerpo, y parece otro animal. Como un gran apéndice solidario: blando, dinámico, independiente, alimentando y rascándole la masa fofa, esa enorme mole estática de atrás. Estoy viendo, definitivamente, dos animales. La trompa soplando las galletitas en el piso, seleccionando panes entre pelusas, llevando la comida hasta la boca abierta, y lo demás.

"Interesante descubrimiento", pensé. Ya lo tenía dibujado –inclusive marqué el movimiento como en las cobras de las historietas, con algunas líneas cinéticas medio peludas–, cuando alguien me dijo "a ver mocito", desde abajo de la carpeta. Detenida delante de mi cuaderno, una hermosa mujer me observaba con ojos de pánico. O

tal vez no: con una mirada adscripta a su destino. Aparté el croquis para contemplar aquella concentración de carne que balbuceaba "a ver, mocito", tironeándome del pulóver con lo que bien podía ser una mano. Una persona en una silla de ruedas. Casi un señor, disimulado entre cánulas de plástico y engranajes plateados. Le mostré el dibujo para regresar a los ojos de aquella mujer joven, que llevaba la silla como una súplica, de aquí para allá, por el zoológico. El elefante todavía estaba entre nosotros. Y no sé por qué extraña razón humana y no animal, aquí el orden, ese que recién había descubierto, parecía trastocado. Ella era la parte viva, pero llevaba puestos los ojos pequeños y abandonados de la mole gris. Se me cayó el cuaderno de las manos.

Sonreí para disimular.

Servicio de mucamas

Estimado huésped: le informamos que sus sábanas y toallas no serán cambiadas jamás. Si se van llenando de manchas amarillas, roces de mierda o gotones de sangre, no dude en agarrar el jaboncito. O bánquese las moscas.

Habitación 107

—Paz y amor.

—Regla y transportador.

—¿Y eso?

—Es... un problema.

—¿Qué problema, bichita? Nos acabamos de casar, está todo bien. Contáme.

—Cuando era chica tenía un conjunto de escuadras que decían "paz y amor, regla y transportador". En primer grado...

—¿Decían eso?

—Sí.

—¿Y?

—Me quedó como una tara. Pero es la única que tengo, ¿eh?

ÍNDICE

El proyecto 17
La comunidad utópica 21

Gustavo Nielsen 27
Robertita 61
Arturo Carrera 113
Sergio Chejfec 137
Edgardo González Amer 155
Ariel Magnus 217

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?
Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA